

“IDEAS DE LA MOTHE LE VAYER” (1751)

**“DIOS O RESPUESTA AL
SISTEMA DE LA NATURALEZA DE D’HOLBACH” (1770)**

de

VOLTAIRE

TRADUCCIÓN Y ANOTACIÓN DE

BERNAT CASTANY PRADO

Traducción y anotación de dos textos de Voltaire inéditos en español: “Ideas de La Mothe Le Vayer” (1751), que pone en boca del libertino erudito La Mothe Le Vayer algunas de las ideas principales del propio Voltaire, y “Dios o Respuesta al *Sistema de la naturaleza* de D’Holbach” (1770), que es una respuesta de corte deísta frente al ateísmo del *divin D’Holbach*.



IDEAS DE LA MOTHE LE VAYER (1751)⁵³

I.

Si los hombres fuesen razonables, tendrían una religión capaz de hacer el bien e incapaz de hacer el mal.

II.

¿Cuál es la religión peligrosa? ¿No es, claramente, aquella que, estableciendo dogmas incomprensibles, despierta inevitablemente en los hombres las ganas de explicar esos dogmas, cada uno a su manera, excitando de este modo las disputas, los odios y las guerras civiles?

⁵³ Traducimos a partir de la edición de Louis Moland en *Œuvres complètes de Voltaire [OCV]*, Garnier, París, 1887, vol. 23, págs. 489-492. Los editores de Kehl, que realizaron la primera edición de las obras completas de Voltaire, en 1785, proponen sin total seguridad la fecha de 1751.

François La Mothe Le Vayer (1588-1672) fue una de las figuras más importantes de los libertinos eruditos (René Pintard) o libertinos barrocos (Michel Onfray). Heredero de la biblioteca de Marie de Gournay, quien, a su vez, heredó la biblioteca de Michel de Montaigne, La Mothe Le Vayer, que formará el primer grupo libertino, la *Tétrade libertine*, junto con Elie Diodati, Pierre Gassendi y Gabriel Naudé, se erigirá, junto a Pierre Charron, en la principal correa de transmisión entre el autor de los *Ensayos* y los libertinos, que desarrollarán y radicalizarán su escepticismo pirrónico, su física naturalista y su ética hedonista. Son célebres sus *Cuatro diálogos hechos a imitación de los antiguos* (1630, editado como *Diálogos del escéptico*, traducción de Fernando Bahr, El cuenco de Plata, Buenos Aires, 2005) o *De la virtud de los paganos* (1641, editado y traducido por Bernat Castany Prado, en Laetoli, Pamplona, 2021). Voltaire lo presenta brevemente en *El siglo de Louis XIV* (1751): “La Mothe Le Vayer (François de), nacido en París en 1588. Preceptor del Duque de Orléans, hermano de Louis XIV, al que enseñó también durante un año; historiógrafo de Francia, consejero de Estado, gran pirrónico, y muy conocido por tal. Su pirronismo no impidió que se le confiase una educación tan preciosa. Se halla mucha ciencia y razón en sus obras, aunque demasiado difusa. Fue el primero en combatir con éxito esta opinión que nos sienta tan mal: que nuestra moral vale más que la de la Antigüedad. Su tratado de la *Virtud de los paganos* es apreciado por los sabios. Su divisa era: “De las cosas más seguras, la más segura es dudar”, igual que la de Montaigne era: “*Que sais-je?*” Murió en 1672.” (OCV, vol. 14, pág. 87)

III.

¿La religión peligrosa no es aquella que, diciéndose independiente de los soberanos y de los magistrados, se halla forzosamente enfrentada a los magistrados y a los soberanos?

IV.

¿No es aquella que, escogiendo para sí un jefe fuera del estado, se halla necesariamente en guerra, pública o secreta, con el estado?

V.

¿No es aquella que, habiendo hecho correr sangre humana durante diversos siglos, puede seguir haciéndola correr en nuestros días?

VI.

¿No es aquella que, habiendo sido enriquecida por la imbecilidad de los pueblos, se ve llevada a conservar sus riquezas por la fuerza, si puede, y por el fraude, si le falta la fuerza?

VII.

¿Cuál es la religión que puede hacer bien sin poder hacer mal? ¿No es la de la adoración del Ser supremo prescindiendo de todo dogma metafísico? ¿La que se hallaría al alcance de todos los hombres; la que, depurada de toda superstición y alejada de toda impostura se contentaría con dirigirle a Dios acciones de gracia solemnes, sin pretender entrar en los secretos de la divinidad?

VIII.

¿No sería aquella que dijese: «Seamos justos», sin decir «Odiemos, persigamos a gente honrada que no creen que Dios es pan, que Dios es vino, que Dios tiene dos naturalezas y dos voluntades, que Dios es tres, que sus misterios son siete, que sus órdenes son diez, que nació de una mujer, que esta mujer es virgen, que murió, que detesta al género humano hasta el punto de quemar para siempre jamás a todas las generaciones, con la excepción de los monjes y de aquellos que creen en los monjes?»

IX.

¿No sería aquella que dijese: «Siendo Dios justo, recompensará al hombre de bien y castigará al malvado» ; que se atuviese a esta creencia razonable y útil, y que nunca predicaría otra cosa que no fuera la moral?

X.

Cuando se tiene la desgracia de hallar en un Estado a una religión que siempre ha luchado contra el estado, a la vez que se infiltra en él; que está fundada sobre un amasijo de supersticiones acumuladas siglo tras siglo; que tiene por soldados a fanáticos distinguidos en diversos regimientos, negros, blancos, grises o mínimos, cien veces mejor pagados que los soldados que vierten su sangre por la patria; cuando dicha religión ha insultado a menudo el trono en nombre de Dios, ha despojado a los ciudadanos de sus bienes en nombre de Dios, ha intimidado a los sabios y ha pervertido a los débiles, ¿qué debe hacerse ?

XI.

¿No debemos comportarnos con ella del mismo modo que un médico habilidoso trata a una enfermedad crónica? No pretende empezar por curarla, pues sabe que se arriesgaría a inducir en su enfermo una crisis mortal, sino que ataca el mal de forma progresiva y disminuye los síntomas. El enfermo no encuentra una salud perfecta, sino que vive en un estado tolerable, con la ayuda de un régimen sano. Así es como se trata hoy en día la enfermedad de la superstición en Inglaterra y en todo el Norte por parte de muy grandes príncipes, por sus ministros y por los ministros de la nación.

XII.

Sería tan útil como sencillo abolir todas las tasas vergonzosas que se pagan al obispo de Roma bajo diferentes nombres, y que no son, en efecto, más que una simonía disfrazada. Sería, a la vez, conservar el dinero que sale del reino, romper una cadena ignominiosa y reforzar la autoridad del gobierno.

Nada sería más ventajoso y más fácil que reducir el número inútil y peligroso de los conventos, y aplicar a la recompensa de los servicios las rentas de la ociosidad.

Las hermandades, los penitentes, blancos o negros, las falsas reliquias, que son incontables, podrán ser proscritas con el tiempo, sin el más mínimo peligro.

A medida que una nación se vuelve más ilustrada, se le quita el alimento a su antigua necesidad.

De ese modo, una ciudad que hoy pudiese alzarse en armas para defender las reliquias de san Pancracio se reirá mañana del objeto de su culto.

Se gobiernan los hombres mediante la opinión dominante, y la opinión cambia cuando la luz se extiende.

Cuanto más se perfecciona la civilización, menos necesidad se tiene de las prácticas religiosas.

Cuanto más despreciadas son las religiones, más verdadera es la religión que se establece en todos los espíritus.

Cuanto menos se respetan las invenciones humanas, más se adora a Dios.

DIOS O RESPUESTA AL *SISTEMA DE LA NATURALEZA* DE D'HOLBACH (1770)⁵⁴

Si, después de haber reconocido un Dios supremo, le está permitido a nuestros débiles cerebros, que pueden en cualquier momento volverse imbéciles, razonar sobre nuestro señor eterno, me dirigiré al filósofo elocuente y metódico, aunque difuso y poco correcto, en cuyo libro del *Sistema de la naturaleza* se alza infelizmente contra todas las nociones de la Divinidad.

Destrona al Dios de los supersticiosos y al de los bribones, pero yo le suplico que no pretenda destronar también al Dios de las personas honradas y al de los sabios.

Todo nos anuncia un Ser supremo, nada nos dice cómo es. La razón enseña a Dios, mientras que el sofisma lo define. El dogmático sociniano Abadias⁵⁵ y el charlatán Houteville⁵⁶ le hablan al género humano como a un colegial al que le diesen clases. En cambio, Sócrates, Cicerón, Montaigne y Bacon dudaban⁵⁷.

⁵⁴ Voltaire publicó su *Dios o Respuesta al Sistema de la naturaleza* en Ginebra, en 1770. Voltaire volverá a tratar dicha cuestión en las entradas "DIOS" y "ESTILO" de sus *Cuestiones sobre la Enciclopedia*, publicado en Ginebra, en 1771. La obra a la que Voltaire responde es el *Sistema de la naturaleza, o De las leyes del mundo físico y del mundo moral* (1770), que fue publicada, primero, bajo el seudónimo de Jean-Baptiste de Mirabaud, pero cuyo autor era Paul Henri Thiry, Barón d'Holbach (1723-1789). Hay traducción al español en la editorial Laetoli, Pamplona, 2008. Dicha obra no sólo es un compendio del materialismo filosófico más radical, sino que niega explícitamente la existencia de Dios, afirmando que la religión, nacida del miedo y para dar miedo, nos aleja de la verdadera moral natural. Al no hallarse el texto en OCV, traducimos directamente del texto de 1770, reproducido en *Tout Voltaire*.

⁵⁵ Jacques Abbadie (ca. 1654-1727) fue un teólogo calvinista francés, autor de un *Tratado de la verdad de la religión cristiana* (1684) y de un *Tratado de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo* (1689). El socinianismo es una doctrina cristiana antitrinitaria considerada herética por la Iglesia católica fundada por el reformador y pensador italiano Fausto Socino (1539-1604). Véase SC, sección 3, final; y HL, hom. 5.

⁵⁶ Claude-François-Alexandre Houteville o Houtteville (1686-1742) fue un apologeta católico francés enemigo de la tolerancia y muy crítico con la filosofía de Spinoza. En la primera nota al capítulo 22 de *EI*, Voltaire dice: "¿Abbadie y Houteville no estaban tan locos como Tertuliano?" Véase CR, consejo 19.

⁵⁷ Véanse al respecto los argumentos de Voltaire en *El filósofo ignorante* (1766).

1º. Tras haber leído dos veces vuestra obra con toda la atención de la que soy capaz, y, tras haberla comparado con algunos otros escritos publicados hace poco tiempo, he aquí lo que pienso del curso de vuestras ideas. Me parece ver que los crímenes religiosos han sublevado vuestro corazón. Las opiniones de algunos teólogos ultramontanos, las decisiones de algunos consultores de Roma y los engaños de algunos monjes enemigos de la realeza y de la magistratura os han parecido el colmo de la extravagancia humana en aquellos que han soltado tantas absurdidades, y en aquellos que las han alentado.

Por otra parte, Lutero, excitando a la guerra civil, y Calvino, encendiendo las mismas hogueras de las cuales apenas escapó en su propio país; las abominables cruzadas contra los feroces husitas, y antes contra todo el Languedoc⁵⁸, han alarmado vuestra sensible imaginación. Habéis visto en la Iglesia cristiana dos o tres facciones continuamente ocupadas en destruirse encarnizadamente durante diecisiete siglos. Los mahometanos os han parecido unos fanáticos sanguinarios. No habéis querido saber nada ni del Dios de León X, ni del de Lutero, ni del de Solimán. Os habéis visto como rodeado de olas de sangre que la religión ha derramado, y de los cadalsos con los que ha cubierto la tierra. Vos y vuestros seguidores no habéis podido creer que haya un Dios en cuyo nombre se cometiese esta multitud de crímenes, y que no lo impidiese.

A este horror por tantas escenas sangrientas se le ha sumado el desprecio por las necedades de la escolástica. Triunfáis en vuestro elocuente capítulo tercero, segunda parte, cuando combatís a los soñadores escolásticos que han compuesto a Dios de cualidades negativas, o que le han conferido atributos humanos. Decís que un ser revestido a la vez de tantas cualidades discordantes no puede ser más que un ser imaginario⁵⁹. ¿Y a quién atacáis? Al Dios de Buenaventura, de Alberto Magno, de Scoto, de Sánchez, de Suárez, de los licenciados de Salamanca. Os confieso que su Dios no es en absoluto el mío. Mi Dios es el señor de toda la naturaleza, que me ha dado la idea de la justicia y de la

⁵⁸ Sobre los husitas, véase *HL*, hom. 5; y *EI*, cap. 37. Sobre la cruzada albigense contra los cátaros, en el Languedoc, véase *EI*, cap. 28.. Para una historia de la violencia religiosa, en general, véase *DH*, cap. 42.

⁵⁹ Dice D'Holbach: "De este confuso montón de cualidades negativas resulta el Dios teológico, este todo metafísico del que al hombre le será siempre imposible formarse idea alguna. En este ser abstracto todo es infinitud, inmensidad, espiritualidad, omnisciencia, orden, sabiduría, inteligencia, poder sin límites. Al combinar estas vagas palabras o sus modificaciones se creyó hacer algo. Se extendieron estas cualidades por el pensamiento y se creyó haber hecho un Dios, cuando lo que se había hecho era una quimera; se supuso que estas perfecciones o cualidades debían convenir a Dios, ya que no convienen a nada de lo que conocemos; se creyó que un ser incomprensible debía tener unas cualidades inconcebibles. Éstos son los materiales de los que se sirve la teología para componer el fantasma inexplicable ante el cual ordena al género humano caer de rodillas." (*Sistema de la naturaleza*, Laetoli, Pamplona, 2008, II, cap. 3, pág. 301)

beneficencia al darme el pensamiento. Puedo, pues, creer que quiere que sea justo y haga el bien. He aquí las dos bases sobre las cuales se funda mi culto. Que Scoto, Suárez y Sánchez desaparezcan, y que Dios me quede. ¿Encontráis esta teología discordante, incoherente y absurda?

2º. Mostráis cuán ridículo es para los hombres necios y débiles pedirle a Dios que él altere las leyes eternas para curar a un glotón de la fiebre cuya glotonería misma le ha provocado, o para proteger a un pequeño país contra otra pequeña nación. Pero el sabio no pronuncia nunda tales deseos, sino que se resigna a Dios y a la necesidad. No le reza a Dios para que ayude a los persas a matar a los turcos, o para que los turcos sean matados por los persas.

3º. Si pienso como un científico, sin un Dios no hallo más que un abismo de incomprensiones. La palabra “naturaleza” no es, para mí, más que una palabra, pero la idea de un agente inteligente me da razón de lo poco que se halla a mi mano. Con él concibo algo, sin él no concibo nada. Sin un Dios no puedo tener la idea del orden; sin un Dios me parece imposible que todo haya sido ordenado tal y como lo está. (Ved el artículo “Causa final”)⁶⁰.

⁶⁰ Voltaire también usa el argumento del diseño inteligente o argumento teleológico en *HL*, hom. 1; *DE*, diálogo 2; y en *DL*, diálogo 1. Tal y como señala el mismo Voltaire, en la entrada “CAUSAS FINALES” de su *Diccionario filosófico*, tras exponer algunos “peligrosos” párrafos del *Sistema de la naturaleza* de D’Holbach, al que considera “hombre superior al Spinoza”, Voltaire se dispone a refutarlo: “He aquí la respuesta a esos argumentos en la sección siguiente, escrita mucho antes que el *Sistema de la Naturaleza*. Todas las piezas que componen la máquina de este mundo parecen hechas unas para otras. Algunos filósofos se jactan de burlarse de las causas finales, que negaron Epicuro y Lucrecio. Paréceme, sin embargo, más justo que nos burlemos de Lucrecio y de Epicuro. Nos dicen que los ojos no se formaron para ver, pero que los hemos aprovechado para ese uso cuando nos dimos cuenta de que servían para eso. En su opinión, no estamos dotados de boca para hablar ni comer, ni de estómago para digerir, ni de corazón para recibir la sangre de las venas y enviarlas a las arterias, ni de pies para andar, ni de oídos para oír. Esos filósofos, sin embargo, confiesan que los sastres les hacen trajes para vestirse y los arquitectos casas para vivir, y se atreven a negar a la naturaleza, a la inteligencia universal, lo que conceden a los obreros más insignificantes. No conviene, sin embargo, abusar de las causas finales. Inútilmente el prior en el *Espectáculo de la Naturaleza* sostiene que el océano tiene mareas para impedir que los buques entren con más facilidad en los puertos y evitar que el agua del mar se corrompa; en vano dirá que las piernas han sido creadas para llevar botas y la nariz para llevar anteojos; para poder afirmar el fin verdadero por el que una causa obra, se necesita que su efecto sea de todos los tiempos y de todos los lugares. No ha habido busques en todas las épocas ni en todos los mares; luego no puede decirse que el Océano haya sido creado para los buques. Es ridículo sostener que la naturaleza haya

Atribuís a la sola materia el poder de la gravitación, el poder de comunicar el movimiento, etc.; pero es lo que suponéis y no lo que demostráis. Me parece que caéis en el defecto que reprocháis con razón a tantos teólogos, que es el de empezar por admitir lo que se halla en cuestión⁶¹. Hay que saber si es posible que la materia se organice a sí misma, que haga a la vez bocas para comer, dientes para masticar, un estómago para digerir, un corazón para recibir la sangre de las venas y para devolverla a las arterias, una matriz para acoger y para nutrir un feto que sale en el momento preciso, etc.

4º. Siempre he tratado de comprender cuál era la naturaleza de la materia a la hora de componer una máquina hidráulica, encerrada en otra obra de mecánica, y de ajustar a la circulación perpetua de veinte licores diferentes un laboratorio perpetuo de química; de unir a estas tres operaciones los sentimientos y el pensamiento; y, en fin, de dar a una mitad de estos autómatas órganos diferentes a los de la otra mitad, siendo además todos estos órganos formados los unos para los otros, pues se buscan por una atracción invencible, de tal manera que dos de estas máquinas sensibles, habiéndose unido voluntariamente, producen una tercera. He pensado en este problema durante cerca de sesenta años. Todos aquellos que han ejercido su razón lo han examinado. Nadie ha sabido jamás explicarlo. Afirmáis que todo lo que la materia produce es su esencia. Pero la esencia es la propiedad, sin la cual una cosa jamás puede ser. No obstante, no hay más que una muy pequeña cantidad de materia que sea organizada de este modo. Así, pues, esa organización no es su esencia.

5º. Combatís al gran metafísico Samuel Clarke⁶², pues consideráis que la materia eterna no tiene necesidad de un motor.

Creo que la materia supuesta eterna necesita de un motor, porque no puedo comprender que sea capaz de hacer por sí misma movimientos eternamente regulares, y de producir generaciones de animales siempre semejantes a sus padres.

obrado en todas las épocas ajustándose a las invenciones de nuestras artes arbitrarias, que todas han aparecido tarde en el mundo; pero es evidente que si las narices no han sido creadas para los anteojos, se han creado para que tengan asiento en ellas el sentido del olfato, y que existen narices desde que existen hombres. Cicerón, que dudaba de todo, no dudaba, sin embargo, de las causas finales.” (Voltaire, *Diccionario filosófico*, op. cit., vol. II, págs. 30-31)

⁶¹ Sobre el argumento del diadelo o círculo vicioso, véase *HL*, hom. 1.

⁶² Samuel Clarke (1675-1729) fue un teólogo y filósofo inglés conocido, sobre todo, por un *Tratado de la existencia de Dios y de la religión natural y revelada* (1704-1706). Voltaire habla de él en *EI*, “Prólogo” y “Nota a la traducción” de su *EI*; y en *HL*, hom. 1.

6º. Decís en el capítulo II, página 23, de la primera parte: “Si se hubiese observado la naturaleza sin prejuicios, se tendría la convicción, desde hace tiempo, de que la materia actúa por sus propias fuerzas y no necesita ningún impulso externo para ser puesta en movimiento. Se habría observado que cuando las mezclas son puestas unas al alcance de otras para que puedan actuar, el movimiento se origina en el acto, y que estas mezclas actúan con una fuerza capaz de producir los efectos más sorprendentes. Juntando limadura de hierro con azufre y agua, estas materias, mezcladas para poder actuar unas con otras, se calientan poco a poco y terminan por producir fuego. Al humedecer harina con agua y mantener cerrada esta mezcla, se descubre al cabo de algún tiempo, con ayuda del microscopio, que ha producido organismos que gozan de una vida de la que parecían incapaces la harina y el agua por separado 5. Así pues, la materia inanimada puede pasar a tener vida, que no es en sí misma más que una conjunción de movimientos.⁶³”

¿Es posible, señor, que un filósofo como vos haya podido dejarse seducir por la experiencia tan ridícula como falsa de Needham⁶⁴: era un jesuita inglés ignorado en su país, disfrazado de seglar, dado como preceptor por M. Dillon, entonces arzobispo de Toulouse, a M. Dillon, su sobrino. Este pobre Needham tomó ingenuamente unas pequeños rollos de harina de centeno por anguilas. Un físico muy reputado pensó que este Needham era un profundo ateo. Concluyó que, puesto que podían hacerse anguilas con harina de centeno, se podían hacer hombres con harina de trigo, que la naturaleza y la química lo producían todo; y que estaba demostrado que se puede prescindir de un Dios creador de todas las cosas. Esta propiedad de la harina engañó fácilmente a un hombre infelizmente perdido entonces en ideas que deben hacer temer por la debilidad de la mente humana. Quería cavar un agujero hasta el centro de la tierra para ver el fuego central, disechar a Patagones para conocer la naturaleza del alma, untar a enfermos de brea para impedirles sudar y exaltar su alma para predecir el futuro. Si

⁶³ Reproducimos la traducción de Nerina Bacín, José Manuel Bermudo, Miguel Estapé y Alín Salom, en Holbach, *Sistema de la naturaleza*, Laetoli, Pamplona, 2018, pág. 43. Holbach añade en nota al pie: “Se ha imaginado el *espíritu universal* según el alma humana, y la inteligencia infinita según la inteligencia finita; luego se ha empleado la primera para explicar la relación del alma humana con el cuerpo. No se ha visto que esto sólo era un círculo vicioso, tampoco se ha visto que el *espíritu* o la *inteligencia*, tanto si se imaginan finitos como infinitos, no sirven para mover la materia.” (págs. 526-527)

⁶⁴ Sobre el experimento fraudulento de John Tuberville Needham (1713-1781), véase *DE*, diálogo 9. Holbach habla del experimento de Needham en el capítulo I, 2, titulado “Del movimiento y su origen”, de *Sistema de la naturaleza*, íbid., pág. 43.

añadiésemos que fue aún más infeliz al buscar oprimir a dos de sus compañeros, esto no le haría honor al ateísmo, y serviría solamente a hacernos entrar en razón.

Respecto a las detonaciones y los fósforos, nunca la pólvora fulminante probó que no hubo un Dios. Sea cual sea el movimiento natural que tengamos en cuenta, es imposible demostrar que no existe un primer motor. Pues por este mismo hecho que consiste en no poder demostrar que no existe, yo me siento llevado a creer que sí existe. Es exactamente así como pensamos vos y yo cuando afirmamos que un lienzo es indicio de un pintor y que una casa anuncia a un arquitecto. Acordaos de aquel que, al ver figuras de geometría trazadas sobre la arena, dijo: “Estos son los pasos de un hombre”. Las obras de la naturaleza son los pasos de Dios⁶⁵.

Es ciertamente extraño que haya hombres que, tras negar a un creador, se hayan atribuido el poder de crear anguilas.

Lo que hay de más deplorable es que físicos más instruidos adoptasen el ridículo sistema del jesuita Needham, y lo uniesen al de Maillet⁶⁶, que pretendía que el océano había formado los Pirineos y los Alpes, y que los hombres eran originariamente marsopas cuya cola partida se transformó con el tiempo en muslos y piernas. Tales imaginaciones pueden ser puestas junto con las anguilas formadas con la harina.

No hace mucho que se asegura que en Bruselas un conejo le había hecho media docena de conejitos a una gallina.

Creedme, señor, desconfiad de tal física. No queréis, sin duda, devolvernos a los tiempos ignorantes en los que se creía que las ratas de Egipto se formaban del fango del Nilo, que el trigo debía pudrirse para germinar, y morir para nacer, etc. etc. etc⁶⁷. Repito algunas veces los hechos y los errores que acabo de exponer, porque en la inmensidad de los libros con los que Europa se halla sobrecargada, lo que no le llega a un lector en un impreso, le lleva en otro, y hay cosas acerca de las cuales conviene que todos los hombres sean instruidos.

⁶⁵ Aristipo de Cirene, quien habría exclamado, tras naufragar en una de las islas de Rodas, y ver unas huellas sobre la playa: “¡Ánimo, amigos míos, no temáis, pues aquí descubro pisadas de hombres!” Véase DE, diálogo 6.

⁶⁶ Se trata Benoît de Maillet (1656-1738), quien trató este tema en su obra póstuma *Telliamed o Diálogos de un filósofo indio con un misionero francés acerca de la disminución del mar* (1748). Véase DE, diálogo 11.

⁶⁷ Véase DE, diálogo 6.

7º. Concedo que vencéis al doctor Clarke cuando se trata de saber si Dios penetra la materia, si el espacio es su *sensorium*, etc⁶⁸. Reconozco que Clarke ha querido saber demasiadas cosas. No digo que no podáis tener razón sobre algunos atributos que este filósofo supone, puesto que no se puede decir que los pruebe. Pero cortemos esas ramas, el árbol permanece. Siempre nos quedará un primer motor potente, inteligente, y que no puede ser malo. (Ved la sección primera).

8º. Proscribís las quiméricas ideas innatas que renovó Descartes⁶⁹. Las rechazo con vos. No le perdonáis la vida siquiera a Newton⁷⁰. Os concedo que Newton no es tan buen metafísico como gran geómetra. Su definición de Dios puede tener un poco de su *Apocalipsis*, otro tema que daría mucho que hablar. Pero si su definición es oscura, no es en absoluto contradictoria. Sí encuentro, en cambio, contradicción en un amasijo de materia que se mueve regularmente sin motor, dándose el pensamiento en el hombre, y rechazándose en la piedra; introduciendo nexos en todas sus obras sin ningún fin; trabajando siempre de forma ciega, con una sublime industria. En fin, combatís a Newton y a Clarke en lo que tienen de oscuro, pero no os atrevéis a atacarlos en lo que tienen de luminoso.

9º. Permitidme que suscriba el siguiente versículo: “*Coeli enarrant gloriam Dei*”. Los cielos cantan la gloria de Dios⁷¹. No entiendo para nada por el término “gloria” la gloria vana de los hombres. No pretendo que Dios se pavonee. Esta idea me parecería tan impertinente como a vos. “Gloria” debe significar aquí inteligencia y potencia. Estoy convencido de que la corte de los dieciséis planetas, tanto primarios como secundarios, siguiendo las leyes matemáticas en un espacio no resistente, es una demostración de la Divinidad, tanto como la formación de un

⁶⁸ En el capítulo II, 4, titulado “Examen de las pruebas de la existencia de Dios dadas por Clarke”, en Holbach, *Sistema de la naturaleza*, op. cit., págs. 319-348.

⁶⁹ Holbach trata esta cuestión en el capítulo I, 10, titulado “Nuestra alma no extrae sus ideas de sí misma. No hay ideas innatas”, en *Sistema de la naturaleza*, íbid., págs. 129-147.

⁷⁰ En el capítulo II, 5, titulado “Examen de las pruebas de la existencia de Dios dadas por Descartes, Malebranche, Newton, etc.”, particularmente en las págs. 352 y ss.

⁷¹ Salmos 19, 1-2: “Los cielos cuentan la gloria de Dios, Y el firmamento anuncia la obra de sus manos.” D’Holbach lo cita en la nota 72 de la segunda parte del *Sistema de la naturaleza*: “Preveo que los teólogos opondrán a este pasaje su *Coeli enarrant gloriam Dei* [Los cielos cuentan la gloria de Dios]. Pero se les responderá que los cielos no prueban nada excepto la potencia de la naturaleza, la fijeza de sus leyes, la fuerza de atracción, repulsión y gravitación y la energía de la materia, y que los cielos no anuncian la existencia de una causa inmaterial, un agente imposible, un Dios que se contradice y que jamás puede hacer lo que quiere.” (pág. 556)

insecto⁷². Se dijo, hace ya unos años, que: “Un catequista enseña Dios a los niños, y Newton se lo demuestra a los sabios.”

10º. En cuanto a las dificultades ordinarias, ¿por qué el mal, por qué los monstruos? Aunque su número fuese cien veces mayor, no me moveríais jamás de este punto de apoyo: los cielos cantan a Dieu. A pesar de vuestros esfuerzos de inteligencia, no habéis probado que Dios no existe. Sólo habéis probado que algunos autores han razonado de forma penosa en ciertas ocasiones. Habéis desplegado grandes dificultades, es cierto, pero el sistema de una naturaleza ciega me presenta demasiados absurdos.

11º. Estáis obligado a aceptar que hay un gran orden en toda la naturaleza; mas pretendéis que esta inmensa combinación era necesaria. Yo creo, como vos, en esta necesidad. La contingencia me parece una contradicción, tanto como el azar. Era necesario que el mundo fuese, puesto que es. Lo inútil, en este caso, es absurdo. Todo lo que debo concluir, por lo que me parece, es que fue necesario que el gran Ser operase estas cosas admirables, del mismo modo que es necesario que ese Ser supremo exista. No puede haberlas hecho sin inteligencia y sin potencia. Eso es lo que vos llamáis naturaleza, y eso es lo que yo llamo Dios. ¿Por qué no queréis que adore a este gran Ser inteligente y poderoso que me ha dado la vida y el pensamiento? Añadiría aun que debéis temer ser ingrato, vos a quien él dio tanta inteligencia. No sois ciertamente vos mismo quien os la habéis otorgado a vos mismo.

También estáis obligado a admitir un designio particular en la composición de vuestro ser. Afirmáis (página 2, segunda parte) que el mal es necesario para el hombre, que sin el mal no podría ni conocer lo que le perjudica, ni procurarse el bien, etc⁷³. Confesáis, pues, que lo que ha formado al hombre lo ha formado con

⁷² Recordemos la versión poética que Whitman hace de este argumento, aunque en un sentido naturalista o, como mucho, panteísta, en *Hojas de hierba* (1855): “Creo que una hoja de hierba, no es menos / que el día de trabajo de las estrellas, / y que una hormiga es perfecta, / y un grano de arena, / y el huevo del régulo, / son igualmente perfectos, / y que la rana es una obra maestra, / digna de los señalados, / y que la zarzamora podría adornar, / los salones del paraíso, / y que la articulación más pequeña de mi mano, / avergüenza a las máquinas, / y que la vaca que pasta, con su cabeza gacha, / supera todas las estatuas, / y que un ratón es milagro suficiente, / como para hacer dudar, / a seis trillones de infieles.”

⁷³ “La necesidad es el primero de los males que experimenta el hombre; sin embargo, este mal es necesario para el mantenimiento de su ser y no le preocuparía si el desorden de su cuerpo no le obligara a remediarlo. Sin necesidades, no seríamos otra cosa que máquinas insensibles, semejantes a los vegetales, incapaces, como ellos, de conservarnos o de tomar medidas para perseverar en la existencia que hemos recibido. A nuestras

esa intención. No es, pues, el único movimiento que ha formado esta obra. No examino cómo era tan indispensable que un niño naciese para morir al cabo de dos años de la piedra o de las escrófulas⁷⁴; pero me detengo a probaros con vuestros propios argumentos que hay causas finales.

12º. Citáis a Plinio, el naturalista, que dice: “Hay que creer que el mundo es la Divinidad misma, sin comienzo, sin fin, inmenso, eterno.”⁷⁵ Pero ni Plinio, ni Varrón que dice lo mismo, excluyen la inteligencia. Virgilio dice, como ellos:

Mens agitat molem et magno se corporet miscet.

Un espíritu eterno actúa en ese gran cuerpo.

(Virgilio, *Eneida*, VI, v. 727)⁷⁶

¿Cómo podría haber una inteligencia en nosotros, si no la hubiese en la naturaleza? ¿Y cómo podría haber una inteligencia sin intención? Sopesad esta idea, os lo suplico. Me remito a vuestras luces, que queréis apagar, y que os iluminan a pesar de todo.

necesidades debemos nuestras pasiones, nuestros deseos, el ejercicio de nuestras facultades corporales e intelectuales; son nuestras necesidades las que nos obligan a pensar, querer y actuar; para satisfacerlas o para poner fin a las sensaciones penosas que nos causan, según nuestra sensibilidad natural y nuestra propia energía, desplegamos fuerzas de nuestro cuerpo o de nuestro espíritu.” (Holbach, *Sistema de la naturaleza*, op. cit., II, 1, pág. 266)

⁷⁴ En el original: “*écrouelles*”. Era el nombre popular de la adenopatía cervical tuberculosa crónica, una enfermedad de origen tuberculoso que provoca fístulas purulentas en los ganglios linfáticos del cuello.

⁷⁵ La cita exacta es: “Hay que creer que el mundo, o lo que está contenido bajo la vasta extensión de los cielos, es la divinidad misma, eterna, inmensa, sin comienzo ni fin”. (Plinio, *Historia natural*, libro II, inicio del capítulo 1. Hobbes también cita a Varrón: “Creo —dijo Varrón— que Dios es el alma del universo, al que los griegos llamaban *kosmos*, y que el universo es Dios». (Holbach, *Sistema de la naturaleza*, op. cit., pág. 543, nota 7)

⁷⁶ Lo traducimos citando la frase entera: “*Spiritus intus alit, totamque infusa per artus / mens agitat molem et magno se corporet miscet.*” Esto es: “Un espíritu los alimenta desde dentro y una mente, derramada por sus articulaciones, pone en movimiento a toda suma y se mezcla por su gran cuerpo.” (Virgilio, *Eneida*, VI, vv. 726-727) Virgilio propone una especie de espíritu cósmico que movería y ordenará los astros. Voltaire cita el mismo verso en *HL*, hom. 1.

13º. Este Dios, decís, “no sería inmutable, puesto que sus obras son continuamente destruidas.⁷⁷” ¿No es esto un sofisma? ¿La destrucción constante y la reproducción continua de los seres vivos no son la prueba indudable de un Señor inmutable en sus voluntades y en sus designios, de un Ser que siempre ha querido que todas las generaciones perezcan y se perpetúen? Tendríais razón, quizás, si hubiese entre nosotros, de tanto en cuanto, algunos animales inmortales, mientras que otros no viven más que un día; algunas razas de hombres que tuviesen ni piernas ni nariz; otras cuyo rostro se hallase en la parte inferior de su espina dorsal; pero todas las razas son invariablemente las mismas; todo animal, todo vegetal muere, y su semejante ocupa su lugar mediante una ley inmutable para el hombre y para la brizna de hierba. Es siempre el mismo designio, pues el autor de ese designio es inmutable.

14º. Vuestro salvaje (capítulo 5, segunda parte, pág. 360) que adivina que un reloj está hecho por un relojero, porque tiene alguna idea de la industria humana, es precisamente la prueba de la existencia de Dios⁷⁸. Soy el salvaje. El universo es el reloj. El relojero es el formador del universo. Tengo alguna idea de la industria en general. Veo el mundo en el que una industria maravillosa resplandece por todas partes, y adoro a su autor.

15º. No queréis que llamemos ciega a la naturaleza. Ella combina (según vos) según leyes necesarias y ciertas, una cabeza organizada de tal forma que produzca un poema, etc⁷⁹. Si ella combina, es inteligente, y lo es en todo tiempo. Hay, pues, una inteligencia eterna, y es Dios mismo, y entonces estáis forzado a reconocerla. Si no combina, es ciega e impotente; y entonces estáis aún más forzado a reconocer a Dios, su señor.

⁷⁷ “Si Dios es el autor de todas las cosas y de los movimientos y combinaciones de la materia, está ocupado sin cesar en producir y destruir; por consiguiente, no puede ser llamado *inmutable* en cuanto a su manera de existir.” (Holbach, *Sistema de la naturaleza*, op. cit., II, 4, pág. 329)

⁷⁸ “Se insistirá y se dirá que, si se llevase una estatua o un reloj a un salvaje que no los hubiera visto nunca, no podría dejar de reconocer que estas cosas son obras de algún agente inteligente más hábil y laborioso que él: de esto se concluirá que estamos obligados del mismo modo a reconocer que la máquina del universo, el hombre y los fenómenos de la naturaleza son obras de un agente cuya inteligencia y poder sobrepasan en mucho a los nuestros.” (Holbach, *Sistema de la naturaleza*, op. cit., II, 5, pág. 360)

⁷⁹ Véase *DL*, diálogo 1.

16º. Confieso que vuestro argumento de la página 100, parte I, tiene una gran fuerza. Helo aquí: “Cuando se pregunta a los teólogos, obstinados en sostener dos sustancias esencialmente diferentes, por qué multiplican los seres sin necesidad, dicen que es porque el pensamiento no puede ser una propiedad de la materia. Se les pregunta entonces si Dios no puede otorgar a la materia la facultad de pensar y responden que no, pues Dios no puede hacer cosas imposibles. Pero entonces los teólogos, según estas aserciones, se reconocen como verdaderos ateos. En efecto, según sus principios, es tan imposible que el *espíritu* y el *pensamiento* produzcan la materia como que la materia produzca el espíritu o el pensamiento. Habrá que concluir, contra ellos, que el mundo no ha sido hecho por un espíritu, como tampoco un espíritu ha sido hecho por el mundo, que el mundo es eterno y que, si existe un espíritu eterno, habría dos seres eternos, según ellos, lo que sería absurdo. Ahora bien, si no existe más que una sustancia eterna, ésta es el mundo, puesto que el mundo existe y no se puede dudar de ello.⁸⁰”

Nada más engañoso. Confundís a los temerarios, que saben muy poco acerca de la materia, y nada acerca del espíritu, y afirman con un orgullo insoportable que el Ser de los seres no puede dotar de sentimiento ni de pensamiento a una mónada que llamamos material. Y son aún más inconsecuentes en su audaz decisión cuando afirman que Dios concede el sentimiento a los animales, cuando éstos no son, según ellos mismos, más que materia.

Vuestro razonamiento debería hacerles callar, o, lo que es mucho peor y mucho más habitual, hacerles hablar sin escuchar. Pero ¿obteniendo esta victoria contra unos hombres, la obtenéis también contra Dios? ¿Acaso destruíis de ese modo la existencia del Ser supremo? ¿Acaso del hecho de que las escuelas no digan más que palabrerías se sigue que Dios no existe? ¿Se sigue que la materia se organiza por sí misma, se dota a sí misma del poder de razonar y del de sentir placer y dolor? ¡Pensemos sobre estos dos sentimientos que dividen la vida: el placer y el dolor! Sobre estos dos caracteres de todos los seres sensibles; e imaginemos, si somos capaces, de qué modo la materia no sintiente habría podido producir en nosotros ese sentimiento inexplicable.

Queréis darle un nuevo peso a vuestro argumento mediante una comparación. “El hombre, decís, no puede verse a sí mismo. En efecto, haría falta para ello que se hallase a la vez dentro y fuera de él. Puede ser comparado a un arpa sensible que produce sonidos por sí misma y se pregunta qué es lo que se los

⁸⁰ Es una nota al capítulo I, 5 del *Sistema de la naturaleza*, op. cit., nota 29, pág. 528.

hace producir. Ella no ve que, en su calidad de ser sensible, se pinza a sí misma, y que es pinzada y vuelta sonora por todo aquello que la toca.⁸¹”

Una comparación no es una razón, señor. Pretendéis que el hombre, cuyos resortes desconocemos, es como un arpa sensible que produce sonidos por sí misma; pero conocemos aún menos esa arpa sensible que se pulsa a sí misma. ¿Queréis iluminar aquello que existe mediante algo que no existe en absoluto? ¿Queréis explicar lo oscuro por lo más oscuro? Este artificio no sería digno de vuestra filosofía elocuente.

17º. El pensamiento, decís, es divisible. Creo la cosa demostrada a pesar de todas las escuelas: no es divisible mediante instrumentos mecánicos, pero es realmente dividido por el tiempo. Podemos separar muy fácilmente un pensamiento en varias partes; resulta incluso imposible no hacerlo. Un hombre os pregunta qué haríais si fueseis el Señor. He ahí dos ideas que se os presentan una tras la otra: la conducta a tener, suponiendo que sois el señor. Respondéis que haríais el bien, incluso a aquellos que os habrían ofendido. He ahí dos ideas nuevamente, de las cuales una es independiente de la otra: hacer el bien, y hacérselo a vuestros enemigos. Tenemos, pues, realmente mitades y cuartos de pensamientos. Pero, ¿quién produce en nosotros esos pensamientos? Debemos regresar siempre a ese punto. No os los producís vos mismo. No hay nada en los objetos que sea del carácter de vuestras sensaciones, nada que se les asemeje. ¿Por qué vuestros oídos oyen? ¿Por qué vuestros ojos ven? No lo sabéis. Decís que es la naturaleza, que actúa sola. Yo digo que Dios actúa sobre la naturaleza. ¿Quién hará de juez? Me atrevo a creer que podemos remitirnos a este argumento: nada nos muestra que la materia y el movimiento tengan una voluntad. Es necesario, pues, admitir un ser que la tenga.

18º. Pero bajo este ser casi todos somos infelices e injustos. Eso es totalmente cierto. Todo lo que podrías concluir por la dialéctica es que Dios ha hecho seres pensantes, la mayor parte de los cuales son injustos e infelices.

Esta verdad fatal probaría, como mucho, que el gran Ser, actuando eternamente, eterno motor de la inmensidad de las cosas, mira con el mismo ojo a los hombres y a las moscas; y que las generaciones de los hombres han entrado en el plan de la gran máquina como ruedas y cadenas que se rompen. Pero esto no quedaría probado más que para aquellos que piensan que todo muere con el cuerpo.

Sufrimos y hacemos sufrir, tal es nuestro destino.

⁸¹ Se trata del capítulo I, 7, titulado “Del alma y del sistema de la espiritualidad”, del *Sistema de la naturaleza*, íbid., pág. 93.

Desde Job hasta nosotros, un gran número de hombres ha maldecido su existencia. Tenemos, pues, una perpetua necesidad de consuelo y esperanza. Vuestra filosofía nos priva de ella. La fábula de Pandora era mejor, pues nos dejaba al menos la esperanza, ¡y vos nos la arrebatáis! La filosofía, según vos, no nos ofrece ninguna prueba de una felicidad por llegar. No, pero no tenéis ninguna demostración de lo contrario.

Podría muy bien ser que haya en nosotros una mónada indestructible que siente y que piensa, sin que nosotros tengamos la más mínima idea de qué material está hecha. La razón no se opone en absoluto a esta idea, aunque la razón sola tampoco la prueba. ¿Esta opinión no tiene una prodigiosa ventaja sobre la vuestra? La mía es útil al género humano, la vuestra es funesta; puede (a pesar de lo que digáis) animar a los Neronos, los Alejandro VI y los Cartouche⁸²; la mía puede reprimirlos.

Marco Antonino y Epicteto⁸³, creyendo que su mónada (de la especie que fuese) se reuniría a la mónada del gran Ser, fueron los más virtuosos de los hombres.

En la duda en la que nos hallamos los dos, no os digo, con Pascal: “Escoged lo más seguro.⁸⁴” No hay nada seguro en la incertidumbre. No se trata aquí de apostar, sino de examinar. Hay que juzgar, y nuestra voluntad no determina nuestro juicio. No os propongo que creáis en cosas extravagantes para salir del apuro. No os digo: “Id a la Meca a besar la piedra negra para instruiros; sostened una cola de vaca en la mano; vestíos ridículamente con un escapulario; sed imbéciles y fanáticos por adquirir el favor del Ser de los seres.” Os digo: “Continuad cultivando la virtud, realizando buenas acciones, viendo toda superstición con horror o piedad; pero adorad conmigo el designio que se manifiesta en toda la naturaleza, y por consiguiente al autor de ese designio, la causa primordial y final

⁸² Alejandro VI (1431-1503), fue papa de la Iglesia católica de 1492 a 1503, es recordado por su participación en numerosas intrigas y conspiraciones políticas; véase *El*, cap. 17. Cartouche (1693-1721) fue un bandido célebre que acabó siendo ejecutado en la rueda en la plaza de la Grève.

⁸³ Marco Aurelio, uno de los principales representantes del estoicismo, junto con Epicteto. Véase *El*, cap. 32; y *HL*, hom. 1.

⁸⁴ La célebre “apuesta de Pascal” se halla expresada en los *Pensamientos* (1670): “Tenéis dos cosas que perder: la verdad y el bien, y dos cosas que comprometer: vuestra razón y vuestra voluntad, vuestro conocimiento y vuestra felicidad. Vuestra naturaleza tiene dos cosas de las que huir: el error y la miseria. Vuestra razón no se siente perjudicada prefiriendo la una a la otra. Es necesario escoger. He ahí una cuestión decidida. Pero ¿y vuestra bienaventuranza? Pesemos la ganancia y la pérdida, escogiendo cruz, esto es que Dios existe. Estimemos ambos casos: si ganáis, lo habréis ganado todo; si perdéis, no habréis perdido nada. Apostad, pues, que existe, sin dudarle ni un momento.” (la traducción es nuestra, fragmento 233 de Brunschvicg, 424 de Lafuma 418 à 426 y 680 de Sellier 680)

de todo; esperad conmigo que nuestra mónada que razona acerca del gran Ser eterno pueda ser feliz en virtud de ese mismo gran Ser. No hay ahí contradicción alguna. No me demostraréis la imposibilidad, del mismo modo que yo no puedo demostraros matemáticamente que la cosa es así. En metafísica no razonamos más que sobre probabilidades: nadamos todos en un mar cuyas orillas jamás vemos. Infelices aquellos que se pelean mientras nadan. Se acercará a la costa quien pueda, pero aquél que me grita: “Nadáis en vano, no hay puerto”, me desanima y me quita todas mis fuerzas. ¿De qué trata nuestra disputa? De consolar nuestra infeliz existencia. ¿Quién la consuela? ¿Vos? ¿Yo?

Vos mismo confesáis en algunos pasajes de vuestra obra que la creencia en un Dios ha refrenado a algunos hombres que se hallaban a punto de cometer un crimen. Esa confesión me basta. Aun cuando esta opinión no hubiese prevenido más que diez asesinatos, diez calumnias, diez juicios inicuos sobre la tierra, sostendré que la tierra por entero debería abrazarla.

La religión, decís, ha producido millares de crímenes. Decid más bien la superstición que reina sobre nuestro triste globo. Es la más cruel enemiga de la adoración pura que le debemos al Ser supremo. Detestemos a ese monstruo que ha desgarrado siempre el pecho de su madre. Aquellos que la combaten son los benefactores del género humano. Es una serpiente la que rodea la religión con mil vueltas. Lo que debemos hacer es aplastarle la cabeza sin herir aquello que infecta y devora.

Teméis que, adorando a Dios, nos volvamos de nuevo supersticiosos y fanáticos. Pero ¿no es de temer que al negarlo nos abandonemos a las pasiones más atroces y a los crímenes más espantosos? Entre ambos extremos ¿no hay un justo medio muy razonable? ¿Dónde se halla el asilo entre ambos escollos? Helo aquí: Dios, y unas leyes sabias. Afirmáis que no hay más que un paso de la adoración a la superstición. Pero hay infinitos para los espíritus bien hechos, y hoy en día existen en gran número. Se hallan a la cabeza de las naciones, influyen sobre las costumbres públicas, y año tras año el fanatismo que cubría la tierra ve cómo le son arrebatadas sus detestables usurpaciones.

19º. Preguntáis ¿en qué lugar residiría el Ser de los seres, la causa final de todo lo que existe, el Demiurgo, el eterno geómetra? Vos y yo somos dos cresas que contemplamos la máquina de Marly⁸⁵:

⁸⁵ La máquina de Marly fue una máquina gigantesca utilizada para bombear agua del Sena con el objetivo de proveer de agua los jardines del castillo de Marly y del parque de Versailles. Una cresa es una larva de mosca que se alimenta de materias orgánicas en descomposición. Es un personaje habitual en el bestiario filosófico materialista, y antimaterialista. La citan, por ejemplo, Montaigne, en sus *Ensayos*, Cyrano de Bergerac, en *El otro mundo*, Pascal, en sus *Pensamientos*, y también Gassendi, en su *Sistema de Epicuro*.

-No hay maquinista –dice uno-, porque no lo hemos visto jamás.

-Sí lo hay –dice el otro-, porque he ahí un designio inmenso ejecutado.

-No puedes adivinar –dice el primero-, dónde se halla ese pretendido mecánico, así que no existe.

-No me importa –dice el segundo-, no soy más que una cresa; no se halla en mi naturaleza conocer a ese artista, pero creo razonar correctamente cuando pienso que hay un Ser inteligente que ha hecho la máquina.”

20º. Responderé brevemente a vuestras palabras de la página 402. “Si presumimos relaciones entre el hombre y ese Ser increíble, debremos elevarle altares, hacerle ofrendas, etc.; si no concebimos nada respecto de ese Ser, será necesario escuchar a sacerdotes que...”⁸⁶ etc., etc., etc. ¡Qué gran perjuicio el reunirse en el tiempo de la cosecha para agradecerle a Dios el pan que nos ha dado! ¡¿Quién os ha pedido que le hagáis ofrendas a Dios?! La idea es ridícula, pero dónde está el mal de encargar a un ciudadano, que llamaremos “anciano” o “sacerdote”, que realice acciones de gracia a la Divinidad en nombre de los demás ciudadanos, a condición de que ese sacerdote no sea un Gregorio VII, que camina sobre la cabeza de los reyes, o un Alejandro VI, mancillando con un incesto el seno de su hija que engendró mediante estupro y asesinato, envenenando con la ayuda de su bastardo a casi todos los príncipes vecinos⁸⁷; a condición de que en su parroquia ese sacerdote no sea un bribón que roba del bolsillo de los penitentes a los que confiesa, y emplea ese dinero para seducir a las muchachas a las que catequiza; a condición de que ese sacerdote no sea un Le Tellier⁸⁸, que pone todo un reino en combustión por engaños dignos de todo ridículo; un Warburton⁸⁹ que viola las leyes de la sociedad manifestando los papeles secretos de un miembro del parlamento para perderlo, y que calumnia a cualquiera que no sea de su opinión? Estos últimos casos son raros. La condición de sacerdote es un freno que fuerza a la decencia.

⁸⁶ Holbach, *Sistema de la naturaleza*, op. cit., parte 1, capítulo 7, pág. 402.

⁸⁷ Voltaire utiliza también a Gregorio VII y a Alejandro VI como arquetipo de papa corrupto en *EI*, caps. 36 y 38; *HL*, hom. 1; y *DH*, cap. 21.

⁸⁸ Se trata del jesuita francés Michel Le Tellier (1643-1719), apologeta y polemista furibundo que llegó a ser confesor de Louis XIV. Mantuvo una oposición muy dura contra los jansenistas, quienes lo representaban como un tirano. Voltaire habla de él y de su polémica con Quesnel en la entrada “BULA UNIGENITUS” de su *Diccionario de filosofía* (op. cit., vol. I, págs. 331-332), y en *DH*, “Adición al traductor”.

⁸⁹ Voltaire habla también del obispo y escritor William Warburton (1698-1779), autor de una *Divine Legation of Moses* (1738-1741), en *EI*, cap. 3, nota 1.

Un sacerdote necio excita el desprecio, un mal sacerdote inspira el horror; y un buen sacerdote, dulce, piadoso, sin superstición, caritativo y tolerante, es un hombre que debemos amar y respetar. Teméis el abuso, y yo también. Unámonos para prevenirlo, pero no condenemos el uso cuando es útil a la sociedad, cuando no está pervertido por el fanatismo o por la maldad fraudulenta.

21º. Tengo una cosa muy importante que deciros. Estoy persuadido de que os halláis en un gran error, pero estoy igualmente convencido de que os equivocáis como hombre honesto. Queréis que seamos virtuosos, incluso sin Dios. Esta disputa filosófica no será más que entre vos y algunos filósofos repartidos por Europa. El resto de la tierra no oirá jamás hablar de ello. El pueblo no os lee. Si algún teólogo quisiese perseguiros, sería un ser malvado, y también sería un imprudente, que no serviría más que para reafirmaros, y para hacer nuevos ateos.

Os equivocáis, pero los griegos no persiguieron a Epicuro ni los romanos a Lucrecio. Os equivocáis, pero debemos respetar vuestro genio y vuestra virtud refutándoos con todas nuestras fuerzas.

El mejor homenaje, en mi opinión, que podemos rendirle a Dios es el de defenderlo sin cólera, del mismo modo que el más indigno retrato que se pueda hacer de él es el de pintarlo como un ser furioso y vengativo. Es la verdad misma, y la verdad es sin pasión. Es ser discípulo de Dios el imaginarlo con un corazón dulce y un espíritu inalterable.

Pienso, con vos, que el fanatismo es un monstruo mil veces más peligroso que el ateísmo filosófico. Spinoza no cometió una sola mala acción en toda su vida⁹⁰. Châtel y Ravailac, los dos santos devotos, asesinaron a Henri IV⁹¹.

El ateo de gabinete es casi siempre un filósofo tranquilo; el fanático es siempre turbulento; pero el ateo de corte, el príncipe ateo podría ser la plaga del género humano. Borgia y sus semejantes han hecho casi tanto daño como los

⁹⁰ Sobre el motivo del “ateo virtuoso”, uno de cuyos primeros defensores fue Pierre Bayle, véase, en este volumen, el final de *HL*, hom. 1: “No nos ocultemos que ha habido ateos virtuosos. La secta de Epicuro ha producido a personas muy honradas. El mismo Epicuro era un hombre de bien, lo confieso. El instinto de la virtud, que consiste en un temperamento dulce y alejado de toda violencia, puede subsistir muy bien en el seno de una filosofía errónea. (...) Se me citará de nuevo, si se quiere, al sofista geométrico Spinoza, cuya moderación, desinterés y generosidad fueron dignos de Epicteto. Se me dirá que el célebre ateo La Mettrie era un hombre dulce y amable en la sociedad”.

⁹¹ Sobre François Ravailac, el asesino de Enrique IV de Francia, véase *CZ*, cuestión 37; *CB*, convers. 1; *HL*, hom. 2; y *CR*, consejo 1. Jean Châtel (1575-1594) intentó asesinar a Enrique IV el 27 de diciembre de 1594, dos días después fue ejecutado en la plaza de la Grève.

fanáticos de Münster y de las Cévennes⁹². Y digo los fanáticos de ambos bandos. La desgracia de los ateos de gabinete es hacer ateos de corte. Es Quirón quien educa a Aquiles. Lo alimenta con médula de león. Un día Aquiles arrastrará el cuerpo de Héctor alrededor de las murallas de Troya, e inmolará a doce cautivos inocentes para vengarse.

Dios nos guarde de un abominable sacerdote que corta a un rey en trocitos con su cuchillo sagrado, o de aquél que, con el casco en la cabeza y la coraza a la espalda, a la edad de setenta años, se atreve a firmar con sus tres dedos ensangrentados la ridícula excomunión de un rey de Francia, o de... o de... o de...

Pero que Dios nos salve también de un déspota colérico y bárbaro, que al no creer en Dios, se erigiría en su propio Dios; que se haría indigno de su función sagrada pisoteando con los pies los deberes que ese cargo impone; que, sin ningún tipo de remordimiento, sacrificaría a sus amigos, a sus parientes, a sus servidores y a su pueblo en el altar de sus pasiones. Estos dos tigres, el uno pelado y el otro coronado, son de igualmente temibles. ¿Con qué freno podremos retenerlos? Etc., etc.

La idea del Dios, con el cual nuestras almas pueden reunirse, dio a Tito, a Trajano, a Antonino, a Marco Aurelio, y a esos grandes emperadores chinos cuya memoria es tan preciosa en el segundo de los más antiguos imperios del mundo; estos ejemplos bastan para mi causa; y mi causa es la de todos los hombres.

⁹² En la región alemana de Münster se produjo una rebelión anabaptista en 1534. En las Cévennes se produjo una rebelión protestante, seguida de una fuerte represión, a principios del siglo XVIII; véase *CB*, convers. 2; *DJ*, “Retrato”; y *DH*, cap. 48.